

Animas y brujas de Finisterre, Cornualles e Irlanda

FERNANDO ALONSO ROMERO*

Sumario

Estudio comparativo del folklore sobre las ánimas y las brujas de Finisterre (España), Cornualles (Inglaterra) e Irlanda.

Abstract

A comparative study of the folklore of spirits and witches in Finisterre (Spain), Cornwall (England) and Ireland.

En toda Galicia siempre ha existido la creencia en un mundo de ultratumba con características no sólo del Más Allá de las creencias cristianas, sino también con diversos aspectos que proceden de la civilización romana y de culturas anteriores. Pero en Fisterra, ese mundo de ultratumba ha estado más arraigado que en otras partes. Hasta en la recomendación tradicional que se le hacía al moribundo para que pudiera entrar en el Paraíso pervivían esas raíces del mundo clásico; le decían. *Fulano, cando chegues o río Xordán e che pregunten si eres cristiano dille que: Sí, pol-a gracia de Dios.* (1). Recordemos aquí que los pitagóricos creían que el alma para entrar en el Otro Mundo tenía que pronunciar la siguiente contraseña: *Soy hijo de la tierra y del cielo estrellado*. En los orígenes del camino jacobeo desde Santiago hasta Finisterre se observan otros testimonios de los viejos vínculos clásicos que tiene esa ruta de peregrinaje hasta el fin de la tierra (Alonso Romero, F. 1993).

La gente mayor de Finisterre cuando hablaba de la muerte solía utilizar eufemismos para refrirse a ella; así, en lugar de decir que alguien se había muerto, decían: *marchouse o seu mundo*. Recuerdo que hace unos veinte años, recogiendo precisamente en la aldea de As Escaselas (Fisterra) información sobre a *Rolda*, de la que hablaré más adelante, un anciano me dijo textualmente: *outros más vellos que min xa se foron e eu estou esperando por ela*, refiriéndose a la muerte. El Dr. Esmorís Recamán, que realizó diversos e importantes estudios sobre Fisterra, recogió en su *Refranero fisterrán* la siguiente sentencia con relación a la proximidad de la hora de la muerte: *Vai chegando o tempo de dormir fora* (1959, 124). Pero no sólo la vejez era una señal clara del fin inevitable, existían determinadas señales o avisos de muerte que podían anunciar a cualquiera que su última hora estaba próxima; por ejemplo, el sonido de campanillas, o los ruidos extraños -generalmente golpes- que se oyen por la noche en la vivienda y que ninguna persona ha causado, solían interpretarse como augurio funesto. Lo mismo sucedía con el canto de determinadas aves, como el búho, cuyo canto, si provenía del tejado de la casa, era anuncio de la muerte de algún miembro de la familia. Naturalmente, el cuervo, al igual que en otras culturas, era siempre heraldo de malos presagios; y *el cuco cuando cantaba anunciaba*

* Fernando Alonso Romero es profesor de Historia y Cultura de los países de habla inglesa en la Facultad de Filología de la Universidad de Santiago de Compostela.

guerras o piojos. Si el que oía su canto estaba en ayunas, esa persona pasaba el resto del año debilitada o sufría fuertes dolores de barriga (González Fernández, X. M. 1989, 20-21). En Cornualles el croar de los cuervos sobre el tejado de una casa pronosticaba la muerte de alguno de sus habitantes (Hunt, R. 1881, 431). Lo mismo se creía cuando se oía el canto de un gallo a media noche (Hardwick, C. 1973, 133). En Penzance, Cornualles, a mediados del siglo XIX, existía la creencia de que no se debía matar ningún cuervo porque en ellos vivía reencarnada el alma del rey Arturo. En Tintagel, el legendario promontorio de la costa córnica en el que se dice que vivía el rey Arturo, esa creencia se relacionaba con un pájaro córvido llamado chova. Debía de ser una creencia muy generalizada por toda la costa atlántica, debido al comercio marítimo con Gran Bretaña y a la difusión de los libros de caballerías, pues Cervantes también la conocía; así, en el Quijote (Libro I, capítulo XIII) se relata la creencia de que *el rey Arturo no murió, sino que, por arte de encantamiento, se convirtió en cuervo, y que, andando los tiempos, ha de volver a reinar y a cobrar su reino y cetro; a cuya causa no se probará que desde aquel tiempo a éste haya ningún inglés muerto cuervo alguno*. Por eso, desde entonces en Gran Bretaña nunca se mata a un cuervo (Hunt, R. 1881, 308, 309). Tanto en Cornualles (Hunt, R. 1881, 380) como en Finisterre, un perro que aullaba presagiaba muerte en fecha próxima. Para verse libre de esta influencia, la persona que lo oía debía poner debajo de su cama un zapato viejo con la suela hacia arriba. Cuando se oía el aullido yendo por un camino, tenía que descalzarse de un pie y colocar el calzado en la forma indicada hasta que se callase el perro (1). Había además, como en casi todas las aldeas gallegas, un *vedoiro* o una *vedoreira*; eran personas que pronosticaban la muerte de un convecino. Existía la creencia de que poseían esta facultad porque cuando los bautizaron les pusieron por error los óleos de los enfermos desahuciados en lugar de los óleos que se ponen a los bautizados (Rodríguez López, J. 1974, 196). Estos visionarios tenían visiones intuitivas en las que se les aparecía la persona que iba a morir. A veces veían su entierro, o a la persona misma en un lugar en el que realmente ésta no se encontraba. Estos casos paranormales se encuentran también en el folklore irlandés: el *taise* es la aparición repentina de una persona conocida a la que ven en cualquier lugar, aunque en realidad no es a ella a la que ven, sino a su doble. En el folklore inglés se la denomina *fetch* o *wraith*. Cuando uno se encuentra con un *taise*, es señal de que la verdadera persona se va a morir o a sufrir alguna desgracia. Pero de todos modos, el anuncio más común de muerte lo traía siempre la *rolda*, es decir, la que ronda o anda de noche, también llamada *roldiña* o *recua* (Lisón Tolosana, 1998, 94). Es la *Santa Compañía* o procesión de los muertos, que también existe en el folklore bretón, irlandés y británico, es decir, en el área atlántica de los pueblos celtas a cuyas creencias debe su origen (Alonso Romero, F. 1996, 147 y ss.). La *Santa Compañía* de Fisterra, al igual que la de otras partes de Galicia, se aparecía ante la casa del que se iba a morir, o dejaba un ataúd ante su puerta. En el antiguo camino que iba desde Mallas hasta Fisterra, en dirección a Calcoba, decían que a veces se veían por la noche cajas de muertos y que por allí pasaba la *rolda*. En realidad, ese era el camino que solían seguir los entierros para ir al cementerio de San Martiño de Duio, de ahí esa relación con la *Santa Compañía*. Pero la creencia era tan fuerte que incluso se advertía a los niños para que no anduvieran por el *camino sacramental*, y los asustaban relatándoles estas creencias; por eso los chiquillos llamaban a ese camino *a costa do susto* (2). Además, las madres tenían mucho miedo a lo que se llamaba *aire de morto*, que podía llevar a los niños a la tumba. El aire de muerto era una enfermedad que se caracterizaba por el aspecto lánguido que adquirirían los chiquillos, que



El cabo Finisterre. Grabado inglés del s. XIX en la obra de George Borrow "The Bible in Spain", editada por G. T. Bettany. Ward, Lock and Bowden. London, 1894, pág. 105.

iban enflaqueciendo poco a poco, hasta que finalmente se morían. Cuando pasaba un cadáver por delante de una vivienda en la que había algún niño durmiendo, lo sacudían para que se despertara rápidamente, y lo levantaban para evitar que le cogiera el aire (Lisón Tolosana, 1979, 112).

Ese miedo ancestral al cadáver se manifestaba de forma muy llamativa entre los pescadores gallegos. Durante los años del hambre en España, después de la guerra civil, muchos pesqueros de Galicia iban hasta los caladeros del Gran Sol y solían tener como puerto base más cercano el pueblo de Bantry en el suroeste de Irlanda. Fueron tantos los pesqueros gallegos que anclaron en sus aguas entre 1946 y 1980, que los habitantes del lugar no sólo hicieron amistades con los miembros de algunas tripulaciones, sino que también aprendieron muchas palabras españolas. Michael Carroll, que escribió un interesante relato de aquellas relaciones pesqueras, cuenta que una de las creencias más arraigadas que tenían los pescadores gallegos eran las relacionadas con el temor a los cadáveres: *a los españoles no les gustaba llevar un cadáver a bordo, aunque fuera el de un miembro de la tripulación, pues consideraban que traía muy mala suerte. Incluso cuando la noticia llegaba al puerto del que procedía el barco, resultaba casi imposible conseguir nuevos tripulantes, solamente algunos armadores, por medio de ofertas económicas más atractivas, lograban convencer a los pescadores para que se enrolaran, pero los menos afortunados se veían obligados a atracar sus barcos porque se los consideraba malditos o bajo un tabú* (Carroll, M. 1992, 22). Ese temor a los cadáveres lo sentían

también los pescadores del occidente de Cornualles; siempre procuraban no pasar nunca por la noche cerca de las rompientes en las que había habido un naufragio con víctimas humanas. Decían que las almas de los ahogados merodeaban por el entorno y que con frecuencia se las oía pronunciar los nombres de las personas a las que veían pasar; circunstancia que producía gran temor y que obligaba al reclamado a huir de allí precipitadamente. Este fenómeno se producía principalmente los días de tormenta. Otras veces lo que se oía era una voz que procedía del mar y que decía: *¡La hora ha llegado, pero no el ser humano!* (*The hour is come, but not the man*) (Hunt, R. 1881, 366).

Cuando un adulto se encontraba con la *rolda*, cuyos componentes iban vestidos al igual que los vivos pero de luto, lo mejor que podía hacer era trazar un círculo sobre la tierra del suelo y meterse dentro, de este modo evitaba que la *rolda* pudiera llevarse en su compañía, quizá para no regresar nunca más o, en el mejor de los casos, para ayudarla a transportar el ataúd o algún pesado círio hasta que apareciera otro adulto que lo sustituyera en esa fúnebre tarea. Ese procedimiento defensivo se realizaba igualmente en el norte de Portugal para protegerse contra la *Estantiga* (Coelho, F. A. 1900, 451), que es lo mismo que la *Estadea* gallega, nombre con el que también se la conocía a principios del siglo XIX por la comarca de Finisterre, como sabemos gracias a la descripción que por esa fecha hizo George Borrow cuando iba por los altos páramos de Cee camino de Fisterra. El guía que le acompañaba respondió así a una pregunta que le hizo Borrow: *¿Me pregunta mi amo qué es la Estadinha? No me he encontrado a la Estadinha más que una vez, y fue en un sitio como éste. Iba yo con unas mujeres, y se levantó una niebla muy espesa. De pronto empezaron a brillar encima de nosotros, entre la niebla, muchas luces; había lo menos mil. Se oyó un grito tremendo, y las mujeres se cayeron al suelo chillando: ¡Estadinha! ¡Estadinha! Yo también me caí gritando: ¡Estadinha! ¡Estadinha! La Estadea son las almas de los muertos que cabalgan sobre la niebla portando círios en sus manos. Se lo diré francamente, mi amo, si nos encontramos con la procesión de las almas, le abandonaré al instante, y después correré y correré hasta zambullirme en el mar en algún lugar cerca de Muros. Esta noche ya no llegaremos a Corcubión; mi única esperanza es que encontremos alguna choza por estos páramos, en la que podamos escondernos de la Estadinha* (Borrow, G. 1905, 422). Las almas además de presentarse en grupo, formando la *Rolda* o *Santa Compañía*, podían deambular en solitario y aparecerse a cualquiera, generalmente con la intención de que se intercediera por su alma, pues estaba penando en el mundo de los vivos y no podía entrar en el más allá mientras no se dijeran algunas misas por su eterno descanso, se rezaran algunas oraciones, o el interpeado cumpliera alguna promesa que el alma no había podido realizar en vida. Se conocen algunos casos en los que el comportamiento del alma solitaria que se aparecía por la comarca de Cee, muy cerca de Fisterra, se asemejaba mucho al del alma que en Irlanda llaman *Banshee*, aunque algunos la denominan también *Hada blanca* o *Hada doméstica*. Su aspecto es el de una anciana de larga cabellera blanca. Sin embargo, en los Highlands escoceses se la conoce con el nombre de *Glaistig*, aunque popularmente la llaman también la *Dama verde* porque aparece siempre vestida de ese color. Hace unos años solía aparecerse por las noches delante de un crucero de Brens (Cee) una mujer vestida completamente de negro que deambulaba de un lado para otro muy lentamente. Se detenía a veces delante de la casa de algún vecino y llamaba a la puerta; pero no esperaba a que abrieran, sino que se marchaba enseguida, reanudando su pausado caminar. Repitió este extraño proceder varias veces hasta que los vecinos descubrieron con sorpresa que era



Vista del cabo Finisterre desde lo alto del monte Casa Xoana en donde se reunían las brujas para planear sus fechorías anuales.

un alma y que no tenía rostro (González Fernández. X. 1989, 55). En Cornualles se cree que si una persona se muere en un accidente o se suicida, su espíritu deambula por el territorio de la parroquia (Jenkin, H. A. K. 1946, 283). Los habitantes de Mousehole, también en Cornualles, creían firmemente en la existencia de fantasmas. Decían que los muertos solían visitar las casas en las que habían vivido; sobre todo, cuando otro miembro de la familia estaba en el lecho de muerte, y contaban que en cierta ocasión se había visto por la noche a tres mujeres que iban vestidas totalmente de blanco y que entraban en una casa. Poco tiempo después fallecía una joven de esa casa. Las tres mujeres eran familiares de la muchacha que hacía tiempo que habían muerto y que venían para llevarse a la joven al mundo de las ánimas (Bottrell, W. 1870, 179).

Se dice que todas las casas importantes y las familias irlandesas de rancio abolengo tenían su *Banshee*. (Croker, C. T. 1981, 91). Este fantasma se aparecía cuando alguien de la familia se iba a morir. Su aparición además de alarmante, era muy ruidosa, pues se presentaba llorando o palmoteando para llamar la atención. También solía venir con ella una enorme carroza fúnebre transportando un ataúd, pero los caballos de su tiro no tenían cabeza. Cuando esta fantasmagórica carroza pasaba por delante de las casas del pueblo, nadie debía abrir la puerta de su casa, porque de hacerlo, le tirarían desde la carroza un cubo de sangre al rostro. Sin embargo, hay también otras descripciones más amables de la *Banshee* en las que aparece como una joven hermosa que está sentada en una roca, peinándose su larga cabellera rubia. Pero su peine es un símbolo de mala suerte, pues se dice que se morirá muy pronto todo aquel que logre cogerlo, aprovechando un descuido de la hermosa joven. La figura de la *Banshee* peinándose aparece en el sureste de Irlanda. Otro de los personajes imaginarios que también se aparecían peinándose al sol, era la *sirena*. Los relatos que se cuentan sobre las *sirenas* son frecuentes en toda la costa

occidental, lo que hace pensar a Lysaght que las descripciones en las que aparece la *Banshee* peinándose derivan de la figura de la *sirena*. Por toda Irlanda hay también determinadas rocas a las que se conoce con el nombre de la *Silla de la Banshee*, precisamente por el aspecto de asiento que suelen tener y en el que dicen que se sentaba este personaje femenino. Pero su visión también era funesta porque el que la veía, se moría al poco tiempo (Lysaght, P. 1986, 126).

Hace unos años, la gente mayor de la comarca de Finisterre contaba el extraño caso de un muchacho de esa villa que se había ahogado en el mar. Existía entonces la creencia de que los que se morían de esa manera nunca encontrarían el descanso eterno; razón por la cual su madre vivía completamente desconsolada, y cada vez que entraba en la habitación de su hijo decía repetidamente entre lágrimas amargas: *¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!* Y en ese momento se le aparecía el desafortunado muchacho, totalmente empapado en agua salada. Así sucedió varias veces hasta que la mujer dejó de llorar; y desde entonces, nunca más volvió la imagen de su hijo (González Fernández, X. M. 1989, 54). En Irlanda se dice que los fantasmas existen porque en otro tiempo eran seres humanos como nosotros, pero que por algún motivo no han podido abandonar este mundo. Se cree que pudo ser una promesa no cumplida, un resentimiento contra alguien, e incluso porque el amor de los vivos les impide marcharse. Antiguamente se creía que si alguien se lamentaba continuamente de la muerte de un ser querido, se impedía que éste alcanzara el descanso eterno. Lady Wilde decía que en la costa occidental irlandesa, sobre todo en las islas, se reprochaba al que se lamentaba demasiado con las siguientes palabras: *Vas a despertar al perro que acecha para devorar a las almas de los muertos* (Yeats, W. B. (Ed.). 1981, 117). En Portugal se decía que no se debía llorar por los niños que se morían, porque eran como ángeles, y con nuestras lágrimas empapábamos sus alas, lo cual les impedía volar al Cielo (Pedroso, C. 1988, 283).

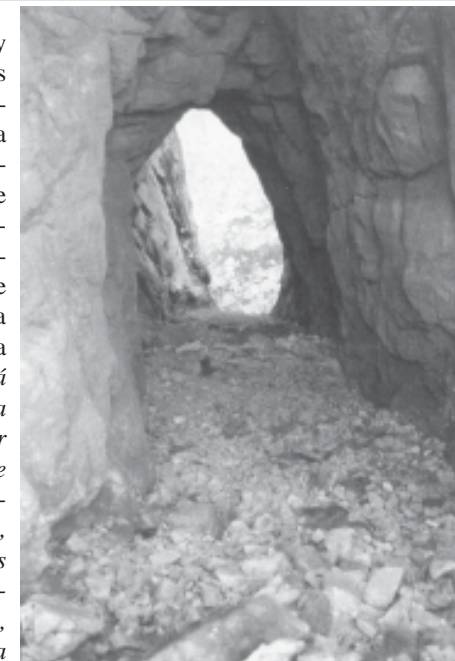
También decían algunos en Irlanda que los que se morían de repente se convertían en fantasmas, o que las *fairies* (hadas) se apoderaban a veces de las almas de los muertos y se las llevaban con ellas. Por eso, se recomendaba que por las noches no se tirara agua a la calle, o al campo, sin avisar previamente de lo que se iba a hacer. Debía gritarse: *Take care of the water; o Away with yourself from the water* (*¡Cuidado con el agua!*). Así no se corría el riesgo de mojar a las almas que en ese instante pudieran pasar por delante de la casa. Como había *fairies* muy dañinas, que no sólo raptaban niños, sino que también acechaban para apoderarse de sus almas cuando estos se morían, los irlandeses de la costa oeste solían salpicar el umbral de sus casas con la sangre de un pollo. Así las *fairies*, entretenidas con esta visión, no se enteraban de que el alma infantil subía al cielo. Incluso se creía también, como en Galicia, que las almas de los muertos se transformaban en mariposas para subir al cielo (Yeats, W. B. 1981, 117, 122. Alonso Romero, F. 1993, 13).

El fantasma irlandés más horrible era *Dallahan*, porque era un ser decapitado, y además, se aparecía llevando su cabeza cortada bajo el brazo. Cuando se paseaba por delante de una casa, significaba que alguno de sus habitantes se iba a morir. Pero generalmente sus apariciones se limitaban a una fugaz visión de su atroz figura, sentada en el pescante de la carroza fúnebre de la *Banshee* y llevando con una mano las riendas de los caballos, también sin cabeza. De igual modo, en Cornualles hay leyendas sobre jinetes que llevan sus propias cabezas debajo del brazo. Solía vérselos por las cercanías de algún túmulo dolménico, como en Barrow Hills, en Newquay. Esta misma leyenda se encuentra en Inglaterra en las comarcas de Hampshire, Wiltshire y Gloucestershire (Grinsell, 1976, 36).

Anima soila

Entre las numerosas creencias que hay en el folklore gallego sobre el mundo de las almas, está la que dice que cada uno de nosotros posee un alma tutelar, que se encarga de despertarnos cuando necesitamos madrugar, o de levantarnos en mitad de la noche para realizar cualquier tarea. Para que cumpla con su cometido, basta con que le recibamos un padrenuestro al irnos a dormir (De Ramón Y Ballesteros, F. 1970, 45). Se llama *anima sola* porque según la creencia gallega recogida en 1917, *será la última que saldrá de penas; la que no se verá redimida hasta que lo estén todas las que peregrinan por el universo; la que contemplará la muerte del mundo, y únicamente entonces obtendrá licencia para entrar en la nueva vida, donde la espera desde el comienzo de las generaciones el anhelado descanso. Entretanto, pasa las noches en perpetua vigilia, rondando por la soledad y espantando a los importunos que osan interrogarla o distraerla. La gente de las aldeas la teme pero no la odia y hace cuanto puede para tenerla propicia. Ni siquiera vacila en punto a dirigirle oraciones. Los mozos o las mozas que necesitan madrugar rezan un padrenuestro al ánima sola, invocándola y excitándola para que, a la hora oportuna los despierte.*

Con la mayor severidad condenan los párrocos esta devoción, y con multitud de argumentos demuestran a los pecadores que el alma por quien rezan es el diablo. Severidad y argumentos perdidos... Merece, en verdad, atento estudio esa extraordinaria creencia, pues de ella resulta que el propio Satanás, espíritu del mal y de la rebelión, concluirá por salvarse y redimirse. (Vicenti, A. 1917, 496). En mi infancia, hace ya medio siglo, recuerdo personalmente que mi tía abuela me aconsejaba siempre que rezara un padrenuestro a las ánimas para que me despertaran a tiempo para no llegar tarde al colegio. Y así lo hice en varias ocasiones, y las ánimas nunca me defraudaron pues no recuerdo haber llegado nunca tarde al colegio, a pesar de que éste no me gustaba nada. También debo mencionar que con los consejos de mi tía venían con frecuencia relatos de aparecidos, de ánimas en pena y de premoniciones de muerte; temas todos ellos muy relacionados entre sí, en una época, además, en la que estas creencias estaban aún muy arraigadas en la mentalidad popular. Es probable, aunque no lo recuerdo, que el sólo hecho de pensar en la aparición de un ánima despertadora mantuviera mi mente infantil más en vela que en profundo sueño, facilitando así su labor de alma tutelar. Recientemente se ha descubierto que la duración del sueño nocturno está condicionada por una hormona y, a su vez, ésta depende de nuestra intención de despertarnos a determinada hora. De ahí se deduce que la actividad cerebral del pensamiento regula inconscientemente la duración del sueño. La creencia en el ánima despertadora era también antiguamente muy frecuente



La cueva de las brujas en el monte Casa Xoana, en el macizo de El Pindo.

en el País Vasco; al acostarse solían rezarle un padrenuestro. En Aramio y en Bernedo (Alava) las personas de edad avanzada mantienen aún la costumbre de rezar a las ánimas del Purgatorio cuando se acuestan. Le piden su intercesión y que las despierte a la mañana siguiente (Arregi, 1995, 697).

Brujas

A las brujas de Finisterre hay que incluirlas dentro de la amplia familia de las brujas europeas. Sus hermanas las irlandesas y las británicas poseían rasgos muy parecidos; y, al igual que ellas, también podían transformarse en animales: como gatos, gallinas, sapos, cuervos, etc. Sin embargo, el animal que más les gustaba a las brujas irlandesas y a las británicas era la liebre; razón por la cual ese lepórido todavía es muy temido en las Islas Británicas. Los pescadores conservan tabues lingüísticos sobre él, pues jamás hablan de liebres cuando están embarcados, por temor a que les ocurra alguna desgracia. Son muy interesantes estos tabues pues coinciden con los que tienen también los pescadores gallegos; incluso es semejante el procedimiento ritual que utilizan para conjurar el daño, que creen que se va a producir cuando alguien por descuido pronuncia una palabra prohibida. Antes eran muy frecuentes las ocasiones en las que los pescadores se negaban a embarcar porque ese día, mientras iban hacia el muelle, habían visto una liebre, un cura, un zorro, o cualquier otro animal o persona considerada tabú; hasta incluso una mujer pelirroja, porque su pelo era del color de la liebre y podía ser una bruja (Alonso Romero, F. 1996). A las brujas irlandesas les encantaba reunirse en torno al fuego de las *lareiras*; allí planeaban sus maldades, pronunciaban sus palabras mágicas, se subían a un palo y salían volando por la chimenea. Se las distinguía de las demás brujas británicas porque solían ir tocadas con un gorro rojo. Las brujas de Finisterre también se sentían muy a gusto frente al fuego de las *lareiras*; se decía que bajo las piedras del hogar ocultaban los ungüentos que utilizaban para untarse todo el cuerpo y poder volar (De Ramón y Ballesteros, 1970, 97). Todas las brujas gallegas poseían el don de transformarse para poder salir por las chimeneas o por el ojo de las cerraduras. Para conseguir ese poder tenían que rendirle pleitesía al Diablo por medio de un rito mágico. Trazaban un círculo en el suelo, se metían dentro y pronunciaban el siguiente *Padrenuestro das bruxas* :

*Pai sodes noso escollido
para vos a gloria dar,
pai sodes noso solamente
para vos a gloria dar.
Pai sodes noxo xardin
para a gloria nos dar:
amái vos este meu corpo
para vosa alma consolar.
Amen.* (Risco, V. 1979, 454).

A las *brujas* les atribuían infinidad de maldades; entre ellas las de traer moscas, o la de transformarse en moscas para picar al ganado. También podían volar montadas en escobas, o transformarse en animales y en seres diminutos para entrar en las casas por cualquier orificio, generalmente por el ojo de las cerraduras; que es como entraban por la noche en las tabernas de la comarca de Melide (Lugo) para introducirse, cuando ya no había nadie, y beber y comer hasta hartarse (Risco, V. 1933 (2), 450). Pero para conseguir

Anuario Brigantino 1999, nº 22



En el extremo del cabo de Land's End (Cornualles) sobre las rocas desde donde las brujas hundían los barcos en los días de temporal. Al fondo se divisa el faro de Longships construido en 1795 y reformado en 1873. En él vivieron fareros hasta el año 1994 en el que se automatizó su maquinaria. [Foto Alonso Romero, F., año 1973].

estas transformaciones mágicas debían untarse con unos ungüentos y realizar esos ritos diabólicos. Por lo general, en Galicia a las brujas se las imaginaba como *viejas de cuerpo encorvado a causa de los años, brazos y manos largos y huesosos, cara arrugadilla, nariz tan vecina de la barba, que casi toca con ella, boca sin dientes, ojos pequeños y de mirar malicioso, cabellos cenicientos y desgredados, habla mentirosa y picaresca, un mucho de sucia y con genio inaguantable* (Tenorio, N. 1982, 150). Así era la bruja más famosa de Finisterre, la terrible *Orcabella*, que en el siglo XVI tenía su vivienda en el promontorio mismo de Finisterre. Era vieja, fea y salvaje; decían que robaba niños para comérselos, y que tenía tal poder que podía hacerse invisible cuando le venía en gana o matar a cualquier ser humano con sólo mirarle a los ojos (Alonso Romero, F. 1993, 24). Sus hermanas, las brujas de la península de Penwith, en Cornualles, también sentían predilección por los promontorios rocosos y los acantilados. Eran muy temidas las de St Levan, en el sur de Penwith, porque vivían en las altas rocas de las rompientes y se entretenían provocando terribles tempestades con sus encantamientos. Por su culpa, se hundieron muchas embarcaciones en esa peligrosa costa, que se ganó el nombre de *cementerio de barcos de pesca* (Harris, K. 1983, 70). Los pescadores del lugar decían que las brujas disfrutaban viendo morir a los naufragos para robarles fácilmente todas sus pertenencias. Su lugar preferido de reunión era Castle Peak, una colina rocosa cerca de St Levan, desde la que también lanzaban vientos huracanados para que descargarán toda su violencia en el mar; así las naves eran frágiles juguetes de las olas y se destrozaban contra las rompientes. Todas las brujas de Penwith, cuando llegaba el solsticio de verano, se reunían en esa colina o en una vieja mina de estaño en Trewa, cerca de Zennor, en una gran roca conocida localmente con el nombre de *Roca de las brujas*, y se marchaban a Gales a robarle la leche de las vacas a los pobres campesinos. Pero la mayoría solía ir volando hasta España (Hunt, R. 1881, 321, 328, 330, 331). Supongo que aterrizarían por la comarca de Finisterre

Anuario Brigantino 1999, nº 22

antes de continuar su vuelo hasta la *Pena de Coiro*, en Cangas, el lugar mítico de reunión de las brujas gallegas, antes de emprender también su vuelo solsticial hacia los arenales de Sevilla. No tengo constancia de reunión de brujas en el cabo de Finisterre, pero sí, en cambio, en la cueva de la cima del monte *Casa Xoana*, en el macizo del Pindo, frente a ese cabo. Allí, en la noche de San Juan, se reunían las brujas de la comarca para planificar las maldades de todo el año (Alonso Romero, F. 1984, 569).

En Cornualles le tenían tanto miedo a las brujas, que una de las tradiciones locales que servían para demostrar el valor personal, consistía en atreverse a tocar nueve veces consecutivas, y a la hora exacta de la medianoche, la *Roca de las brujas*. El que lograba hacer tal hazaña quedaba protegido contra todo tipo de males. Sin embargo, las mujeres no debían de gozar de este privilegio porque, según otra creencia que había también en Penwith, si una mujer tocaba nueve veces a la medianoche una *Logan stone*, que en Galicia llaman *pedra de abalar*, es decir una roca oscilante, entonces se convertía en bruja. También se convertía en bruja si era capaz de subirse a una *pedra de abalar* nueve veces seguidas sin conseguir que la piedra oscilara con su peso (Hunt, R. 1881, 321, 328).

A finales del siglo XIX se decía en Galicia que a veces se oía venir a las brujas cantando: *Lunes y martes y miércoles, tres; jueves y viernes y sábado, seis*. La persona que escuchaba esta canción debía guardarse mucho de concluir la relación de los días añadiendo: y *domingo siete*, porque, de no hacerlo así, corría el riesgo de que las brujas le dieran una paliza o se le llevaran por los aires, dejándola después molida y maltrecha en su propia cama (Rodríguez López, 1974, 185). Esta misma canción la cantaban también en el siglo XIX las *korrigans* bretonas cuando se reunían para bailar. Si algún mortal interrumpía su cántico, añadiendo el día de la semana que faltaba, le propinaban una terrible paliza (Wentz, W. Y. 1973, 209 y ss.).

Para protegerse contra las brujas en Finisterre se utilizan diversos amuletos; los más frecuentes son, al igual que en toda Galicia, los cuernos de carnero o de vaca, las figas, el colmillo de jabalí: poderoso talisman que también habían utilizado los celtas y los germanos (Alonso Romero, F. 1989), las herraduras y los ajos que se cuelgan en las cocinas, detrás de las puertas, o se llevan en los bolsillos. Los marineros los ponen también en sus embarcaciones, y a veces los humedecen con agua bendita para aumentar su poder apotropaico (Lisón Tolosana, C. 1979, 192). En general, los ritos y objetos mágicos a los que recurren los pescadores de Finisterre para protegerse contra los daños de las brujas y los peligros del mar, son semejantes a los que se utilizan por toda la costa gallega y también en otros países del área atlántica europea (Alonso Romero, F. 1996).

Hace unos años en Finisterre, cuando se llevaba un niño a bautizar se le ponía en el cuello un pedazo de pan negro para alejar los sortilegios y los maleficios que pudiera lanzarle cualquier persona con poderes brujescos (Lis Quibén, V. 1980, 269). Y en la provincia de Orense si se trasladaba de casa a un niño recién nacido, se le metía entre sus ropas un trozo de pan o un diente de ajo para protegerlo contra los hechizos (Taboada Chivite, 1972, 23). En otras comarcas gallegas la gente mayor también llevaba consigo esos objetos debido al poder apotropaico que le atribuían, e incluso para evitar que la Santa Compañía los forzara a unirse a su fúnebre cortejo (Mandianes Castro, M. 1984, 166; 1990, 58). En el norte de Portugal cualquier padre podía llevar de noche a su hijo pequeño fuera de casa, sin que éste corriera peligro; pero cuando esa tarea la realizaba la madre, ésta debía llevar consigo un trozo de pan para que a su hijo no le pasase nada (Martins Sarmiento, F. 1998, 65). En Cornualles cuando se llevaba a bautizar a un niño a la iglesia

parroquial, la madre también llevaba con ella un trozo de pan. Si en el camino se encontraba con alguna persona, tenía que entregarle un trozo pues este proceder auguraba buena suerte al niño (Hunt, R. 1881, 428. Radford, R. and V. 1998, 58).

En el occidente de Cornualles se practicaba un curioso ritual, cuyo paralelo más cercano en Galicia es el efectuado en la catedral de Santiago de Compostela ante el llamado *Santo dos croques*. En esa península córnica la gente tenía la costumbre de golpearse la frente contra la repisa de la chimenea de sus casas siempre que se intuía algún peligro. Con ello pretendían protegerse contra las brujas y los malos espíritus que pudieran causarles los males que presentían. Este rito lo practicaban siempre que tenían que emprender un viaje, y lo conocían con el nombre de *touching the cravel*, es decir, tocar la repisa. Solía ir seguido de otra práctica que consistía en arrojar al fuego, después de golpearse la cabeza, un puñado de paja seca o una rama que ardiera fácilmente (Bottrell, W. 1880, 17).

Por último, hay que recordar que una de las maldades que solían hacer las brujas de Finisterre era dejar huevos de gallina, a veces sólo las cáscaras, en los huertos de aquellas personas a las que querían perjudicar. Más de una persona fue acusada de hacer esto en el huerto de su vecino con la esperanza de que se le destruyera toda la cosecha. Es difícil saber la razón de este proceder. Su atribución a las brujas quizá tenga que ver, aunque planteo esto sólo como hipótesis, con una vieja creencia que había en la antigua Galicia sobre el basilisco. En Portugal se creía que el basilisco nacía del huevo que ponía un gallo al cabo de siete años, y que tenía tanto poder que podía matar con tan sólo la vista. En el norte de Portugal se decía que de ese huevo podía salir también un lagarto que mataba al dueño del lugar en el que apareciera dicho huevo. Teófilo Braga opina que el nombre tan genérico de «bicho» con el que el pueblo suele designar a cualquier ser viviente que no considera atractivo, proviene de las creencias que se tenían sobre el basilisco. Según ese mismo autor, esta creencia existía también entre los griegos y los romanos, extendiéndose posteriormente por Italia, Francia, Inglaterra y Dinamarca (Braga, T. 1986, 69). Evidentemente la creencia en el basilisco tenía un origen muy antiguo, pues su existencia aparece citada en la Biblia; dice Isaías que el basilisco nacía de un huevo (59, 5), y también que *de la raíz de la serpiente saldrá un basilisco cuyo fruto será un dragón volador* (Isaías, 14, 29). Por eso, en la Edad Media se solía representar al basilisco como un gallo con cola de serpiente, ya que era el resultado de la incubación de un huevo de gallina por una serpiente (Mateo Gómez, I. 1979, cita de Francisco Blanco, J. 1992, 296). En Galicia se suponía que el basilisco nacía de un huevo sin yema y empollado por un sapo sobre el estiercol, por cuyo motivo se le atribuía igualmente la forma mixta de gallo, serpiente y sapo. También aquí existía la creencia medieval de que el poder del basilisco residía no sólo en la violencia de su fuerza física y en la ponzoña de su aliento que partía las piedras y secaba las hierbas, sino también en el poder de su mirada con la que podía matar a cualquier ser viviente en el que se fijara. Recordemos que este mismo poder lo poseía la vieja bruja *Orcabella* que vivía en el cabo de Finisterre. De estas creencias quedan en el gallego las expresiones *estar feito un basilisco*, cuando alguien está muy enfadado, y *ollos de basilisco*, que se aplica al que mira con maldad u ojeriza (Rodríguez González, E. 1958, v. *basilisco*). En cuanto al hecho de relacionar a las brujas con la práctica de dejar cáscaras de huevos en los labrantíos para que la tierra no diera sus frutos, es probable también que proceda de una creencia muy antigua. Los romanos, después de comer huevos cocidos rompían y hacían desaparecer rápidamente las cáscaras por temor a que alguien pudiera utilizarlas para efectuar hechizos con ellas (Frazer, J. G. 1966, 129). Sin embargo, el origen de esta

práctica es anterior a los romanos porque en Escocia, en la que Roma apenas dejó su huella, se hacía exactamente lo mismo; aunque la creencia era que si se dejaban las cácaras sin partir, las brujas o los malos espíritus podían utilizarlas para navegar y acercarse a las embarcaciones con la intención de hundirlas (Waring, Ph. 1978, 85). Para los pescadores escoceses la relación de los huevos con las brujas era tan evidente que jamás pronunciaban la palabra huevo cuando estaban embarcados, por temor a que con el mero hecho de su mención se presentaran las brujas; y sustituían dicha palabra por un eufemismo (Opie, I. and Tatem, M. 1990, 133). Esta misma creencia la compartían los ingleses de Norfolk y Suffolk, es decir el territorio del antiguo reino anglosajón de East Anglia (Hazlitt, W. C. 1995, 206).

Meiga chuchona

Cuenta José Más en su famosa novela que había *meigas chuchonas* por La Costa de la Muerte, aunque en realidad estos seres andaban por toda Galicia y recibían también los nombres de *Xuxona* y *Zugota*. Era una especie de vampiro que solía raptar a los niños para chuparles la sangre. Algunos decían que hacía estas crueldades porque le tenía envidia a las madres. Esta bruja poseía tal afán destructor, que hasta se secaban las hierbas por donde ella pasaba (Rodríguez López, 1974, 193). Era muy dañina pues debido a su terrible afición, producía la enfermedad de los niños llamada *enganido*. En realidad, este nombre se aplicaba antaño a los niños que estaban anémicos, raquíuticos o tuberculosos. Hay que tener en cuenta que durante toda la primera mitad del siglo XX las condiciones de vida en la villa de Finisterre fueron muy precarias. Las enfermedades infecciosas y las derivadas de una mala alimentación eran muy frecuentes. El escritor José Más cuando estuvo en Finisterre para recoger información sobre la vida de sus habitantes, pudo observar personalmente la situación en que se encontraban los niños... *Por todas partes se ven grupos de niños medio desnudos, con las barriguillas y las piernas al aire. Criaturitas churretosas y que parecen abandonadas al sol y a las lluvias, pero lindísimas: unas rubias, con ojos azules y verdes; otras morenas, con ojos negros y muy brillantes.* (1928, 107). José Más se informó muy bien para escribir su novela realista, pues no sólo visitó toda esa comarca, sino que contó con la colaboración del Dr. Esmoris Recamán: *El novelista José Más cuando vino a documentarse a Finisterre para escribir la novela «La Costa de la Muerte», trajo carta de presentación para mí de amigos muy queridos: Como es natural puse a su disposición todas las notas sobre historia local que tenía recogidas* (Esmoris Recamán, F. 1958, 20, 21). Por esas fechas había estado también en Finisterre la fotógrafa y antropóloga norteamericana Ruth Matilda Anderson, la cual también se fijó y fotografió a los chiquillos, resaltando el aspecto famélico que se reflejaba en sus cuerpos y miradas (1939, 348, 354).

La figura de la *meiga chuchona* se originó probablemente a partir de la creencia romana en las *Éstriges*, que eran unas brujas monstruosas que tenían alas, una cabeza enorme y pies de ave de presa. Decían que chupaban la sangre de los niños pequeños cuando estaban durmiendo. Para ahuyentar a las *Éstriges* los romanos ponían en las entradas de las casas ramas de espino, la gente de Finisterre utilizaba agua bendita, bendecida por el cura en la noche del Sábado Santo o de Gloria, *servía para alonxar de calqueira lugar, especialmente das casas e das leiras, ós males e os feitizos das meigas* (González Fernández, 1989, 21).

Escribir hoy, a las puertas del siglo XXI, sobre brujas y aparecidos puede parecer a muchos un mero pasatiempo literario; pero para entender mejor lo que Vicente Risco

denominaba cultura espiritual del pueblo gallego, en gran medida germen de la actual, es necesario ocuparse de estos temas. Hoy, esa cultura espiritual de los tiempos de Risco ya ha desaparecido casi totalmente. A las nuevas generaciones ya no les causa ningún daño ni la bruja, ni la *meiga chuchona*, ni el ánima, ni ningún otro personaje de la amplia familia de los seres imaginarios, que hasta hace unos años habitaban por toda la costa atlántica europea. Esto no quiere decir que esos seres hayan desaparecido totalmente, sino que se han ido transformando lentamente, convirtiéndose en otros monstruos que se ocultan bajo aspectos muy variados. Les hemos dado nombres nuevos, más científicos, médicos o políticos, pero las maldades que causan siguen siendo las mismas: enfermedades, hambres, angustias infinitas... Y como para muchas de esas calamidades seguimos sin tener respuestas más eficaces que los viejos recursos de nuestros antepasados, tendremos que seguir profundizando en ese mundo fantástico de los seres imaginarios, para descubrir en él, sino el secreto para erradicar esos males, al menos el consuelo de una explicación tradicional que, aunque imaginaria, llene un vacío inexplicable.

BIBLIOGRAFIA

- ALONSO ROMERO, F. 1984. El folklore sobre el monte «Casa da Xoana» (macizo del Pindo). (*Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXXV, pp. 559-574).
- ALONSO ROMERO, F. 1989. El significado mágico del colmillo de jabalí entre los celtas y los germanos: Testimonios literarios, arqueológicos y etnográficos. (En: *Filología Alemana y Didáctica del Alemán*. Universidad de Valladolid, pp. 515-530).
- ALONSO ROMERO, F. 1993. *O Camiño de Fisterra*. (Edicións Xerais de Galicia. Vigo).
- ALONSO ROMERO, F. 1996. *Creencias y tradiciones de los pescadores gallegos, británicos y bretones*. (Xunta de Galicia. Santiago de Compostela).
- ANDERSON, R. M. 1939. *Gallegan Provinces of Spain: Pontevedra and La Coruña*. (The Hispanic Society of America. New York).
- ARREGI, (Coordinador. Varios autores), 1995. *Atlas Etnográfico de Vasconia: Ritos Funerarios*. (Gobierno de Navarra. Bilbao).
- BORROW, G. 1905. *The Bible in Spain*. (John Murray. London).
- BOTTRELL, W. 1870. I. *Traditions and Hearthsides Stories of West Cornwall*. (Llanerch Publishers. Edición facsimile, 1996).
- BOTTRELL, W. 1873. II. *Traditions and Hearthsides Stories of West Cornwall*. (Llanerch Publishers. Edición facsimile, 1996).
- BOTTRELL, W. 1880. *Stories and Folklore of West Cornwall*. (Facsimile reprint 1996. Llanerch Publishers. Felinfach).
- BRAGA, T. 1986. *O povo português nos seus costumes, crenças e tradições*. (Publicações Dom Quixote. Lisboa, vol. I y II. Primera edición en 1885).
- CARROL, M. 1992. *The Second Spanish Armada*. (Publicación privada. No menciona editorial).
- COELHO, F. A. 1900. De algumas tradições de Hispanha e Portugal. A proposito de Estantigua. (*Revue Hispanique*, vol. 7. Año 1900, pp. 390-453).
- CROKER, T. C. 1981. *Researches in the South of Ireland. 1812-1822*. (Irish Academic Press. Dublin).
- DE RAMON Y BALLESTEROS, F. 1970. *Oscurantismo finisterrano*. (Porto y Cía. Editores. Santiago de Compostela).
- ESMORIS RECAMAN, F. 1958. San Guillermo y su ermita. (*Real Academia Gallega*, 5-35).
- ESMORIS RECAMAN, F. 1959. Refranero fisterrán. (*Cuadernos de Estudios Gallegos*, fascículo XLII, pp. 107-124).
- FRANCISCO BLANCO, J. 1992. *Brujería y otros oficios populares de la magia*. (Ambito. Valladolid).
- FRAZER, J. G. 1966. *Taboo and the Perils of the Soul*. (*The Golden Bough*. MacMillan. London).
- GONZALEZ FERNANDEZ, X. M. 1989. *Tradicions e costumes populares da Fisterra*. (RP Edicións. Concello de Corcubión).
- GRINSELL, L. V. 1976. *Folklore of Prehistoric Sites in Britain*. (David & Charles. London).
- HARDWICK, C. 1973. *Traditions, Superstitions and Folklore*. (E. J. Morten. Didsbury, Manchester. 1ª edición en 1872).
- HARRIS, K. 1983. *Heval!* (Dyllansow Truran. Redruth).

- HAZLITT, W. C. 1995. *Dictionary of Faiths & Folklore*. (Studio Editions. London. 1ª edición en 1905).
- HUNT, R. 1871. *Cornish Folk-Lore*. (Edición de 1969. Tor Mark Press. Truro).
- HUNT, R. 1881. *The Drolls, Traditions and Superstitions of Old Cornwall*. (First and Second Series. Facsimile reprint, 1993. Llanerch Publishers. Felinfach).
- JENKIN, HAMILTON, A. K. 1946. *Cornwall and its People*. (David & Charles. London. 1ª edición en 1945)
- LISON TOLOSANA, C. 1979. *Brujería, estructura social y simbolismo en Galicia*. (Akal. Madrid).
- LISON TOLOSANA, C. 1998. *La Santa Compañía*. (Akal. Madrid).
- LIS QUIBEN, 1980. *La medicina popular en Galicia*. (Akal. Madrid).
- LYSAGHT, P. 1986. *The Banshee. The Irish Supernatural Death-Messenger*. (The Glendale Press. Dublin).
- MANDIANES CASTRO, M. 1984. *Loureses. Antropoloxía dunha parroquia galega*. (Editorial Galaxia. Vigo).
- MANDIANES CASTRO, M. 1990. *Las serpientes contra Santiago*. (Sotelo Blanco. Santiago de Compostela).
- MARTINS SARMENTO, F. 1998. *Antiqua: Tradições e contos populares*. (Sociedade Martins Sarmiento. Guimarães).
- MAS, J. 1928. *La Costa de la Muerte*. (Editorial Renacimiento. Madrid).
- MATEO GOMEZ, I. 1979. *Temas profanos en la escultura gótica española. Las sillerías de coro*. (C.S.I.C. Madrid).
- OPIE, I. and TATEM, M. 1990. *A Dictionary of Superstitions*. (Oxford University Press).
- PEDROSO, C. 1988. *Contribuições para uma mitologia popular portuguesa e outros escritos etnográficos*. (Publicações Dom Quixote. Lisboa).
- RADFORD, R. and V. 1998. *West Country Folklore*. (Peninsula Press. Newton Abbot).
- RISCO, V. 1933. *Unha parroquia galega nos anos 1920-1925*. (Museo do Pobo Galego. Santiago de Compostela).
- RISCO, V. 1979. Etnografía: cultura espiritual. (En: *Historia de Galicia*. Edición de R. OTERO PEDRAYO. Akal. Madrid).
- RODRIGUEZ GONZALEZ, E. 1958. *Diccionario Enciclopédico gallego-Castellano*. (Galaxia. Vigo).
- RODRIGUEZ LOPEZ, J. 1974. *Supersticiones de Galicia y preocupaciones vulgares*. (Sexta edición. Editorial Celta. Lugo).
- TABOADA CHIVITE, J. 1972. *Emografía gallega*. (Editorial Galaxia. Vigo).
- TENORIO, N. 1982. *La aldea gallega*. (Edicións Xerais. Vigo. 1ª edición en 1914).
- VICENTI, A. 1917. El alma popular. (*Mondariz*, nº 23, año III, pp. 481-483).
- WARING, PH. 1978. *A Dictionary of Omens and Superstitions*. (Souvenir Press. London).
- WENTZ, EVANS, W. Y. 1973. *The Fairy-Faith in Celtic Countries*. (Lemma Publishing Corporation. New York. 1ª edición 1911).
- YEATS, W. B. (Ed). 1981. *Fairy & Folk Tales of Ireland*. (Picador. Pan Books. London. 1ª edición en 1888).

AGRADECIMIENTOS

1. Deseo expresar mi agradecimiento al Dr. Juan Insua Castro y a Angeles Esmorís-Recamán Traba por facilitarme estos datos recogidos por el Dr. Esmorís Recamán.
2. Muy agradecido a Victor Manuel Insua Suarez, natural de Mallas, actualmente f a - rero en la Torre de Hércules. Información recogida en agosto de 1998.
3. Este estudio es parte de un proyecto más amplio de investigación sobre Fisterra que ha sido patrocinado por la Dirección Xeral de Universidades e Investigación da Consellería de Educación e Ordenación Universitaria da Xunta de Galicia. (XUGA 20406A97).